

El antisemitismo y la izquierda que no aprende

Mitchell Cohen

Mitchell Cohen es codirector de la revista *Dissent* (Nueva York) y profesor de ciencia política en la Baruch College de la CUNY. Artículo aparecido en *dissent online* (noviembre 2007)

Hay una fuerte ofensiva en marcha. Su objetivo se encuentra en Oriente Medio y es un viejo objetivo: la legitimidad de Israel. Los protagonistas no son Hetzollah o Hamás, los territorios disputados no se encuentran en Galilea y el sur de Líbano o en el sur de Israel y Gaza. Los medios no son militares. La ofensiva procede de algunos sectores de la intelectualidad progresista y de izquierdas de Estados Unidos y Europa. No tiene nada que ver con esta o aquella negociación entre israelíes y palestinos y tampoco tiene nada que ver con ninguna política específica de Israel. Al fin y al cabo se puede criticar duramente, con razón o sin ella, una u otra política de Israel sin necesidad de negar la legitimidad del Estado judío, de la misma manera que se puede criticar –de nuevo, con razón o sin ella– una política de Israel, la que sea, sin necesidad de ser antisemita. Uno puede oponerse (como hago yo) a los asentamientos israelíes en los territorios ocupados y uno puede reconocer también que Benjamín Netanyahu, y no solo Yasir Arafat, fue responsable de que no llegase a buen puerto el proceso de paz de Oslo, sin necesidad de ser antisemita o antisionista. No hace falta ser antisemita o antisionista para pensar que algunas organizaciones judías norteamericanas son extremadamente favorables a los derechistas americanos o israelíes.

Pero el ataque actual es de otro tipo, porque responde en gran medida a actitudes y argumentos políticos que recuerdan lo peor de la izquierda del siglo xx. Es hora ya de superarlos. Pero dejemos clara una cosa de entrada: yo soy «de izquierdas». No tengo ningún problema cuando alguien me describe con la palabra que empieza por «s» –socialista– aunque tampoco me importa mucho que me llamen socialdemócrata, liberal de izquierdas o que se utilice algún término relacionado. Mi «izquierdismo» procede de un compromiso con el humanismo democrático y el igualitarismo social y de la ética que se sigue de aquí.

Lo que me preocupa y me interesa es la reinención de los mejores valores de la izquierda histórica, el legado del laborismo británico, de los socialdemócratas suecos, de Jean Jaurès y Léon Blum en Francia, de Eduard Bernstein y Willy Brandt en Alemania, de lo que siempre ha sido en Estados Unidos la tribu (¡ay!) relativamente reducida vinculada a gentes como Eugene V. Debs, Norman Thomas, Michael Harrington o Irwing Howe. No es tanto una cuestión de programas políticos, y menos aún de etiquetas, como de sensibilidad política. Me interesa mucho hallar una nueva base para la vieja amalgama de libertad, igualdad y solidaridad, una nueva base que tenga presente lo que comporta esta época de globalización. Pero también me interesa mucho una izquierda que extraiga conclusiones reales, no meramente epidérmicas, de las catástrofes provocadas en nombre de la izquierda en el curso del siglo xx.

Hay una izquierda que aprende y otra que no aprende. Me interesa la izquierda que aprende y deseo que influya en nuestras sociedades occidentales (una tarea ciertamente difí-

cil en la América de Georg W. Bush) y que ayude a encontrar ideas que realmente acaben con la pobreza en lo que se solía llamar el Tercer Mundo, en vez de idealizarla.

Después de 1989 la izquierda que no aprende estaba en retirada. Había quedado arruinada a la vista del final que habían tenido aquellos deplorables regímenes comunistas, con las imágenes televisadas a todo el mundo de millones de personas en las calles exigiendo la liberación de unas dictaduras que se legitimaban presentándose como de izquierdas. Está bastante claro lo que entiendo por una izquierda que no aprende: esa gente que da vueltas y vueltas hasta que puede explicar o «comprender» prácticamente cualquier cosa con tal de mantener intactas sus propias premisas o necesidades intelectuales. Algunos eran leninistas. Hoy es más corriente que compartan algunos de los peores rasgos mentales del leninismo, a menudo bajo ropajes posmodernos, poscoloniales o incluso de un progresismo militante. En ocasiones se desplazan de un lado a otro del espectro político, denunciando a sus antiguos congéneres (si bien mantienen sus inveteradas tendencias y moral). Se les puede reconocer sin ninguna dificultad: la misma voz, el mismo aire de comisario inquisidor, aunque la melodía suene distinta. Es una voz que se oye frecuentemente entre los ex comunistas que se han vuelto neoconservadores.

Sus explicaciones y sus «comprensiones» a menudo rescriben la historia o le dan la vuelta a lo que es de todo punto evidente a fin de que se ajuste a su punto de partida, a sus premisas. Se trata de un pensamiento que se mueve en circuito cerrado, por lo que empieza y acaba en él mismo. A veces es una idea, a veces un sistema de creencias (que se niegan a reconocer como tales), a veces se trata realmente de un prejuicio, a veces es tan solo ambición. En la vieja izquierda que no aprendió nunca había, desde luego, espectros, auténticos fantasmas. Y así sucede hoy también. Si las cosas no funcionan como se cree que deberían, alguna fuerza maléfica está detrás. El problema no puede estar en nuestras ideas o nuestra manera de enfocar las cosas, en nuestra incapacidad para mirar de cara al mundo tal como es o en algún error garrafal cometido en el pasado. No. Es mucho más fácil anunciar que lo que hacemos es «pensamiento crítico» y no como los otros, especialmente quienes no están de acuerdo. Y si hay críticas al pensamiento crítico, emitir de inmediato denuncias de «macartismo» contra los críticos. Pretender que tales denuncias son un argumento sobre el tema a debate. Eso es mucho más fácil que responder a las críticas.

Considérense los daños colaterales de esos gritos de «macartismo» emitidos por profesores con plaza asegurada de por vida: sus alumnos no entenderán jamás los males del macartismo. Sin duda se perjudica gravemente la comprensión de los males del macartismo cuando sus técnicas características –por ejemplo, la insinuación– son utilizadas por opinadores en revistas de amplia difusión. Tomemos el caso, por ejemplo, de Adam Shatz, antes editor literario de *Nation* y actualmente en la *London Review of Books*. Medio año antes de la guerra de Irak publicó un artículo en el que venía a decir que la gente en torno a *Dissent* estaba buscando desesperadamente «un nuevo enemigo» después del final de la Guerra Fría y que lo había encontrado en una combinación de nacionalismo árabe militante y Saddam Hussein.

«Aunque raramente de manera explícita», escribía Shatz, «Israel conforma e incluso define los puntos de vista en política exterior de un grupo reducido pero influyente de liberales norteamericanos» (*Nation*, 23 septiembre, 2002). En otras palabras, esos liberales integran el lobby israelí en el seno de la izquierda y habrían promovido la guerra de EEUU

contra Irak para beneficio del Estado judío. Es verdad que Shatz no ha sacado a relucir datos de archivo para decir: «Tengo en mi poder una lista de nombres de liberales que muestran en realidad una doble lealtad». En lugar de eso apunta a Paul Berman «y a socialdemócratas de la misma orientación», a pesar de que la gran mayoría de los miembros del consejo editorial de *Dissent*, incluyendo al codirector de la revista Michael Walzer, eran contrarios a la guerra de Irak.

Además, Shatz no se dignó a discutir las verdaderas posiciones defendidas por Berman. Las cuestiones que éste planteó en el periodo en que se estaba fraguando la invasión de Irak no tenían ninguna relación con Israel, sino con el liberalismo, la democracia y el totalitarismo. Y los argumentos que yo mismo (un presunto halcón de la izquierda) he defendido tampoco tenían nada que ver con Israel y además eran muy distintos –lo cual es harto significativo– de los de Berman. Nada de lo publicado en *Dissent* antes o después del artículo de Shatz justifica sus insinuaciones.

Puede que la historia no progrese, pero a veces regurgita. Durante la última década una buena parte de la vieja basura ha vuelto. Hay varias razones para ello, que van desde los tristes fracasos de la imaginación socialdemócrata en la era de la globalización, pasando por la influencia posmoderna y poscolonial en las universidades, hasta el ascendiente de George W. Bush con sus muchas y terribles consecuencias, no sólo en Irak. La izquierda que no aprende ha sido muchas veces una especie de superyo de la izquierda en el siglo XX. Conviene evitar que se reproduzca esta situación.

Nada ejemplifica mejor el regreso de la vieja basura que el «nuevo» antisemitismo y la mala fe que a menudo se expresa en afirmaciones como esta: «soy antisionista pero no antisemita». La fijación que sectores de la izquierda tienen con Israel/Palestina, en ocasiones hasta el punto de perder de vista los sufrimientos de otras partes del planeta, suscita la perplejidad del observador equilibrado: ¿qué significa esto? Hay que aclarar qué hay detrás de esta fijación.

En términos teóricos es muy fácil distinguir entre antisionismo y antisemitismo. El antisemitismo es una forma de prejuicio racial o nacional que cristalizó en el siglo XIX. En parte sustituyó o reinventó el viejo prejuicio antijudío de índole religiosa (si bien siglos de prejuicio religioso podía derivar muy fácilmente en fanatismo racial y nacional). Su objeto eran claramente los judíos, no simplemente los «semitas». También, para algunos, implicaba confundir cuestiones identificando a los judíos con el capitalismo. Lamentablemente, esto se convirtió en un elemento estable en algunos sectores de la izquierda que posteriormente confundirían y mezclarían todo, judíos, capitalismo y sionismo. Y aunque parezca mentira esto mismo es lo han intentando hacer también los neoconservadores judíos en las últimas décadas.

El antisionismo, teóricamente, significa oposición al proyecto de un Estado judío como respuesta al estallido del antisemitismo. Hablemos claro: hay antisionistas que no son antisemitas de la misma manera que ha habido enemigos de la discriminación positiva [*affirmative action*] que no son racistas. Pero la cuestión fundamental es la interferencia del prejuicio, no las sutilezas intelectuales.

Recordemos los viejos malos tiempos, cuando algunos sectores de la izquierda daban justificación teórica a cosas como la «dictadura democrática». Realmente, si se llegan a entender –y especialmente si se creen– todas las hipótesis previas y especialmente las defi-

niciones leninistas, la justificación funciona. Cualquier profesor de teoría política puede elaborar una justificación así y tendría sentido en teoría. Pero vivir en una «dictadura democrática» era otra cosa, un veneno intelectual. También si uno estaba comprometido con los mejores valores de la izquierda.

Estos mismos valores están en juego cuando preguntamos: ¿hasta qué punto el antisemitismo reproduce los esquemas mentales del antisemitismo? Y también ¿hasta qué punto las articulaciones demagógicas del antisionismo refuerzan el antisemitismo? Hay una cosa muy curiosa en el antisemitismo, captada en una observación del novelista británico Iain Pears, que debería ser citada una y otra vez estos días: «el antisemitismo es como el alcoholismo, puedes pasarte 25 años sin beber pero si las cosas van mal y te encuentras con un vaso de vodka entre las manos, difícilmente te escaparás» (*International Herald Tribune*, 11 agosto, 2003).

Es mucho lo que puede deducirse del hecho de que la reciente campaña de algunos sindicatos de profesores británicos para boicotear a Israel en los ámbitos académicos se haya visto frustrada por ser contraria a las leyes anti-discriminación.

El pasado año el diputado laborista del Parlamento británico Denis MacShane encabezó una comisión de parlamentarios y ex ministros para investigar el creciente antisemitismo en Gran Bretaña y otros países. «El odio a los judíos ha alcanzado nuevas cotas en Europa y en muchos puntos al sur y el este del Viejo Continente», escribió MacShane en un artículo muy valiente publicado en el *Washington Post* (4 septiembre 2007). Describe una amplia gama de incidentes. En algunos campus universitarios, «estudiantes antijudíos militantes inspirados en el odio islamista o de extrema izquierda tratan de impedir que los estudiantes judíos expresen sus opiniones». Hay «un discurso, un ánimo y un tono antijudíos siempre que se discute acerca de los judíos, sea en los medios de comunicación, las universidades, en la elite liberal de los medios o en las cenas del Londres elegante. Expresar cualquier tipo de apoyo a Israel o manifestar opiniones favorables al derecho de un Estado judío a existir suscita repudios e incluso desprecio.»

Este tipo de actitudes, según el diputado laborista, no tiene nada que ver con la discusión más específica acerca de tal o cual político israelí. La crítica, según «dejó claro» la comisión de investigación, ha de ser «libre y sin límite». Está bien así, y lo mismo debería pasar con la política y los políticos de cualquier gobierno del mundo. Pero MacShane avisa que está sucediendo algo distinto, que los viejos demonios están regresando y que «el viejo antisemitismo y antisionismo han mutado en algo más peligroso». La amenaza, dice elocuentemente, no afecta solo a los judíos o a Israel, sino «a todo aquello por lo que los demócratas han luchado durante tantísimo tiempo: la verdad sin miedo, con independencia de las creencias políticas o religiosas de cada cual.» ¿Qué es la «verdad sin miedo» cuando hablamos de la relación entre antisemitismo y antisionismo? ¿Se encuentra en la declaración de Tony Judt al *New York Times* [31 enero 2007] en la que afirma que «el vínculo entre antisionismo y antisemitismo es de reciente creación»? Es sorprendente que un historiador –o cualquier otra persona– pueda decir algo así. Considérese todo lo que expulsa u omite del siglo xx, empezando por la obsesión antisemita de Stalin en sus últimos años.

Porque sin duda Judt, que tiene su centro de actuación en la New York University y que está trasladando ahora lo que se ha convertido en una obsesiva campaña antisionista a la École Normale Supérieure de París,¹ se acordará de las detenciones y asesinatos de des-

1. El Remarque Center (de la Universidad de Nueva York) que define sus objetivos como «el estudio y la discusión acerca de Europa, fomentar y facilitar la comunicación entre americanos y europeos» tiene previsto abrir un centro en la ENS de París y Judt, su director, lo inaugurará, según la página web, no con un discurso acerca de la política europea o francesa o sobre las reflaciones transatlánticas, sino sobre este tema: «¿Es Israel todavía positivo para los judíos?»

tacadas personalidades culturales judías en la Unión Soviética bajo la acusación de ser «agentes sionistas del imperialismo norteamericano». Sin duda un historiador de Europa como Judt –que fue en el pasado un izquierdista de la línea dura pero que se ganó la reputación intelectual en Estados Unidos en la década de 1980 (es decir, durante la era de Reagan) atacando a todos los marxistas franceses por no enfrentarse al estalinismo– se acordará de las acusaciones de «conspiración sionista» lanzadas contra los comunistas judíos que fueron víctimas de las purgas y de los correspondientes procesos en Checoslovaquia, en los primeros años cincuenta.

Si no recuerda todo eso bien podría consultarlo en su propio libro sobre la Europa de posguerra. En él cita al jefe de la policía política de Stalin, Lavrenti Beria, que exigía a los comunistas checos que investigasen la «conspiración sionista» en el seno de su propio partido. Seguramente un historiador de Europa, especialmente alguien que se autodefine actualmente como «viejo izquierdista», recordará la campaña que se desencadenó en 1967 y 1968 para limpiar Polonia de quintacolumnistas «sionistas» (supongo que se trataría del «lobby israelí» en el interior del Partido Comunista polaco). Si Judt no se acuerda de eso cuando hace declaraciones al *New York Times* podría volver a su propio libro y comprobar que el jefe del Partido Comunista polaco, Wladyslaw Gomulka, acusaba a sus críticos judíos de sionistas. Y no sé si sabrá, porque es historiador de Europa y no de Oriente Medio, hasta qué punto el «antisionismo» ha sido desplazado, desde hace décadas, en una gran parte de los medios de comunicación musulmanes y árabes por la retórica antijudía, una retórica contra «al Yahud» y no contra Ehud Olmert o Ehud Barak.

Las eliminaciones u omisiones eran moneda corriente en los viejos tiempos. Trotsky, o cualquier otro, podía desaparecer de pronto de una foto. Lenin y Stalin seguían ahí y también la muchedumbre entusiasta. La imagen resultante no era del todo falsa. ¿Hace todo esto de Judt un antisemita? La respuesta es simple: no. Pero hace tendenciosa su percepción de la historia del antisemitismo. Y una historia tendenciosa se presta a todo tipo de utilizaciones perniciosas.

Las percepciones históricas de Judt se completan con sus juicios políticos, especialmente cuando manifiesta su preocupación por los sufrimientos palestinos. Vale la pena recordar el artículo (*New York Review of Books*, 23 octubre 2003) en el que sostenía que un Estado binacional debería sustituir a Israel. Un Estado judío, explicaba, es un anacronismo. Pero desde entonces Hamás, un movimiento político de fanáticos religiosos, ganó las elecciones en Palestina y posteriormente se hizo con el poder –por la fuerza– en la franja de Gaza. Israel mientras tanto se ha retirado por completo de Gaza, desmantelando todos los asentamientos judíos que había allí en el verano de 2005. Si se sigue la lógica de Judt, Israel no debería haberse retirado de Gaza sino, por el contrario, debería haberla integrado en su seno. Obviamente esto habría comportado una vida nueva y mejor para los palestinos y tal vez incluso evitaría que se volvieran a Hamás. Y habría sido un primer y feliz paso para salvar a Israel de su anacrónico estatus, aportando a los israelíes, al igual que a los palestinos, un futuro doméstico de perpetua guerra civil étnica, un rasgo de la política moderna que los historiadores de amplias miras, pero tal vez no los políticos (que han de ocuparse de la vida de gente real), imaginarán también que es un anacronismo. Por esta misma vía supongo que la India podría salvarse de ser un desafortunado anacronismo a través de una reintegración con Pakistán.

Hace unos años traté de esbozar en una revista académica los elementos que comparten los discursos antisemita y antisionista. Vale la pena reproducirlos. He aquí los temas principales del antisemitismo clásico:

1) *Insinuaciones*. Los judíos no encajan realmente en nuestra sociedad y además no pueden hacerlo. Hay algo extraño en ellos, e incluso siniestro.

2) *Acusaciones*. Son tan suyos esos judíos, están tan preocupados con lo que les es «propio». ¿Por qué son tan cerrados y anacrónicos cuando lo que necesitamos es solidaridad y amor a escala mundial? Realmente ellos mismos se convierten en un «problema». Si el llamado «problema judío» es singular de alguna manera es por su culpa y usualmente lo encubren con argumentos especiosos.

3) *Reconvenciones*. Esos judíos, siempre se presentan como víctimas. En realidad tienen mucho poder, especialmente en las finanzas. Su poder es omnipresente aunque no siempre sea muy visible. Lo ejercen a través de manipulaciones, por detrás. (Pero mira, incluso hay una parte de ellos que, tal vez sintiéndose culpables, te admitirán todo esto).

4) *Recriminaciones*. Fíjate en sus tropelías, que cometen mientras se presentan de forma estentórea como víctimas. Unas tropelías que han pasado, a lo largo de las épocas, desde la muerte de Dios hasta el asesinato ritual de niños, desde la venta de secretos militares al enemigo hasta aprovecharse de la guerra y hasta ser capitalistas, intermediarios, terratenientes o prestamistas que explotan a los pobres. Y además siempre, ¡qué astutos son!, os engañarán.

Cambemos un par de frases, una palabra aquí y otra allá, y tendremos los temas del antisionismo tan difundido en nuestros días entre sectores de la izquierda y partes del mundo árabe y musulmán:

1) *Insinuaciones*. Los sionistas son un cuerpo extraño en Oriente Medio. Nunca encajarán allí. El imperialismo occidental creó el Estado sionista.

2) *Acusaciones*. Un Estado judío nunca podrá ser democrático. El sionismo es exclusivista. La idea misma de un Estado judío es un anacronismo.

3) *Reconvenciones*. Los sionistas se quejan de que son víctimas pero en realidad tienen un poder enorme, sobre todo financiero. Su poder es omnipresente, pero se aseguran de que no sea demasiado visible. Lo ejercen a través de manipulaciones, de espaldas a la gente, por detrás. ¿Cómo? Basta ver la influencia sionista en Washington. O más bien su dominio sobre Washington. (Y mira, incluso hay algunos judíos que, tal vez sintiéndose culpables, lo admitirán).

4) *Recriminaciones*. Los sionistas son responsables de tropelías tremendas y enormemente ruines. Y las encubren con engaños. Lo que incluye desde la agresión imperialista de 1967 hasta el presunto ofrecimiento de un compromiso a los palestinos por parte de Ehud Barak en el año 2000 o la «masacre» de Jenin durante la segunda intifada.²

No, el antisionismo no es en principio antisemitismo pero ha llegado el momento de que las personas rigurosas, especialmente de la izquierda, se den cuenta de lo mucho que tienen en común uno y otro, de lo mucho que la variedad dominante de antisionismo estimula el antisemitismo.

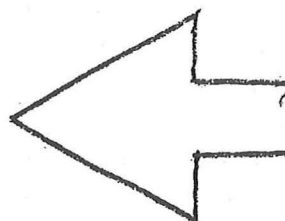
Más aún. *Si* usted juzga al Estado judío con criterios que no aplicará a ningún otro; *si* se sulfura e indigna sobremanera denunciando a los sionistas pero por lo demás se limita a decir «está muy mal eso de Darfur»; *si* piensa que cualquier cosa que haga Hamás puede

2. Estos esquemas o esbozos del antisemitismo y el antisionismo se publicaron originalmente, con pequeñas variantes, en Mitchell Cohen, «Auto-Emancipation and Anti-Semitism: Homage to Bernard Lazare», *Jewish Social Studies* (otoño 2003).

atribuirse «en último análisis» a los israelíes; *si* su desprecio por los sionistas no es demasiado diferente del desprecio que sienten los neoconservadores americanos por la gente de izquierdas... entonces no deberá sorprenderle que le critiquen, incluso ferozmente, gente que se toma muy en serio la cuestión de una paz justa entre israelíes y palestinos y que no se contentará con una mera fórmula autoexculpatoria –del tipo «soy antisionista pero no antisemita»– para salir del paso y evitar un examen profundo de los argumentos. Si uno es antisionista pero no antisemita no debería utilizar las categorías, las alusiones y en definitiva toda la mercancía averiada que tan bien conoce cualquier estudioso del prejuicio.

Ha llegado la hora de que la izquierda que aprende, que reflexiona, que tiene una perspectiva histórica y no retórica, y que desea un futuro basado en sus mejores valores, diga alto y claro a la izquierda que nunca aprende: habéis secuestrado a «la izquierda» en el siglo XX, pero pase lo que pase no lo volveréis a hacer ahora ■

□ Traducción de Gustau Muñoz



Arnulf Rainer
Buschbaby (1988)

